

var la *alergia reveladora de una infección benigna vacunante* como un tesoro precioso, ciertamente fiel, — sólo él, por lo demás de los que disponemos hoy, — de la existencia y persistencia de esta infección. *Hay que esforzarse en alergizar desde su nacimiento a todos los seres humanos* para ponerlos en estado de tolerar sin peligros las reinfecciones virulentas, a las cuales es bien difícil no estar expuesto un día u otro.

Es de esta verdad evidente de la que deberían penetrarse las autoridades sanitarias que, en todas las naciones civilizadas, tienen la obligación de asegurar la protección de la salud pública.

(Ann. Ins. Pasteur-Paris. I. XLIX-1932 Sep. n.º 3)

Nota comunicada el 7 de septiembre de 1932 a la VIII Conferencia de la Unión Internacional de lucha contra la tuberculosis, en la Haya).

La desinfección en las enfermedades contagiosas

POR J. COMBY

Luego del triunfo de las teorías pastorianas, la desinfección, es decir la destrucción de los microbios patógenos, resumió, para la mayoría de los contemporáneos del gran Pasteur, la profilaxia de las enfermedades contagiosas. Para guardarse de los infinitamente pequeños no se contentan con aislar los portadores y desinfectarlos lo mejor posible, si no se encaminan contra los locales de las habitaciones a los que acusaban de ocultar y conservar los gérmenes virulentos. Este fué el bello tiempo de las estufas a vapor, de los autoclaves y otros aparatos apropiados para realizar una desinfección completa que los Médicos y las familias reclamaban a grito pelado; cuando un cuarto había sido desinfectado después de una enfermedad entraban con confianza, se alquilaba e instalaban en él, sino, no. Por ello no decuidaban practicar o anunciar la desinfección de los locales que, daban tal seguridad. Pero los Médicos por poco observadores que fueran y no desnudos de espíritu crítico, no tardaron en comprender el fracaso de la desinfección en la lucha contra las enfermedades contagiosas epidémicas. Por todas partes el sarampión, la escarlatina, la fiebre tifoidea, la difteria, etc., se mostraron rebeldes a la desinfección. En New York como en Paris, la desinfección de los locales no hizo bajar la morbilidad ni la mortalidad por sarampión, escarlatina, etc.. (Ch. Herriman). Si la viruela ha disminuido y esperamos que llegue a desaparecer totalmente, no es a la desinfección, sino a la vacuna jenneriana a quien lo debemos. Si la mortalidad por difteria ha bajado de 75 a 80 por \circ en todos los países es a la seroterapia de Behring y Roux a quien somos deudores y no a la desinfección. La fiebre tifoidea, la peste, el cólera no ha retrocedido ante la